

Presentación

Tenemos que comenzar esta entrega número 22 de *Historiografías* felicitándonos por la concesión en julio de 2021 del sello de calidad de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) del Ministerio de Ciencia e Innovación en la “VII Convocatoria de la evaluación de la calidad editorial y científica de las revistas científicas españolas”. Semejante recompensa, tras diez años de esfuerzo, es un inapreciable acicate para la autoexigencia y el estrechamiento de nuestro compromiso con la investigación y su transferencia dentro de los variados ámbitos que a la revista le son propios. Vale la pena traer aquí aquella reflexión de nuestro Manifiesto editorial que contempla el estudio de la historiografía –permítasenos lo extenso de la cita– como “un terreno sin fronteras, un campo de problemas que analiza la escritura de la historia desde puntos de vista tan variados como la historia cultural e intelectual o la historia política y la biografía, pasando por la epistemología y la teoría social, la antropología, la sociología y la historia de las ciencias”. Estamos convencidos de que este modo de entender los estudios historiográficos ha ayudado a tal reconocimiento.

Acordes con dicha variedad, en este número presentamos una panoplia de artículos y reseñas en los que, a los usuales –y hoy concurridos por los historiadores– temas relacionados con la historia de la historiografía, los usos del pasado y la historia intelectual se añaden otros acaso menos habituales, pero no menos importantes, tales como la epistemología y la historia de la ciencia.

La parte de “Historia y teoría” la hemos querido comenzar con un ilustrador trabajo titulado “De las ideas a los conceptos: fundamentos teóricos para una metodología de la historia de las ideas científicas”, que firman los investigadores mexicanos Javier Luna-Leal y Jazmín Anaid Flores-Zúñiga. En este artículo el lector se adentrará en un tema clásico de los estudios de epistemología, como es el de la construcción de los conceptos científicos, aquí rematado con un análisis de cómo el famoso astrónomo y matemático Johannes Kepler (1571-1630) llegó al moderno concepto de “órbita elíptica” –su más importante aportación y fundamento de las famosas “leyes de Kepler”– en el curso de su extensa obra. Como señalan los autores, el citado hallazgo –que aquel alcanzó de modo sinuoso y en parte accidental– tenía como punto de partida las “ideas tradicionales” de “orbe” y “vía”, de cuya literatura el propio Kepler era un excelente conocedor y a las que despojó paulatinamente de su carácter abstracto y metafísico. La primera de ellas –el *orbe coelestis*–, durante siglos una hipótesis casi exclusivamente matemática, pasó a interpretarla como una interacción de fuerzas físicas; y a la segunda –la *vía planetarum*–, una noción de raíces platónicas que imaginaba la realidad constituida por “sólidos” o formas poliédricas universales, Kepler le aportó una formulación matemática.

De epistemología de la historiografía versa igualmente el sugerente texto del profesor de la Universidad Nacional del Litoral (República Argentina), Luciano Alonso, “Organismos, movimientos, campos, espacios, escenarios. En torno a los debates sobre la definición de las luchas por los derechos humanos en Argentina”. Sirviéndose de una diferenciación que resulta familiar entre los antropólogos sociales (los conceptos o expresiones “emic”, que describen las representaciones que los sujetos se hacen de sí mismos y de su entorno; y los conceptos y expresiones “etic”, que sirven para visualizar

los fenómenos desde fuera), el autor repasa las posibilidades y límites de algunas nociones que vienen manejándose en las investigaciones sobre las luchas por los derechos humanos libradas a raíz de la dictadura cívico-militar que se implantó en ese país en 1976. El examen de algunas de ellas, que han servido para expresar y estudiar esas corrientes reivindicativas, tales como “organismos”, “movimientos sociales”, “familiares de las víctimas” y “campo de derechos humanos”, permiten al autor una reflexión sobre la naturaleza de los conceptos historiográficos, en los que –precisa– lo temporal es un fenómeno ubicuo y el mundo de lo social muestra una persistente fluidez que difícilmente se deja embutir en rígidas categorías. En efecto, como el autor dice igualmente, las “ciencias humanas” son definitivamente “aparadigmáticas”, si tomamos las conocidas nociones “kuhnianas” (“paradigmas” y “revoluciones científicas”) al pie de la letra. Otra cosa es que los investigadores nos vengamos sirviendo de ellas, de la primera sobre todo, para aludir a criterios, enfoques e interpretaciones intelectuales y/o historiográficas que han tenido una vigencia más o menos prolongada. Ambas maneras –pensamos nosotros– no son incompatibles.

Los estudios de Luna-Leal, Flores-Zúñiga y Luciano Alonso pueden resultar de mucho interés entre los historiadores en general, dado que ilustran algunos aspectos de la epistemología de los estudios históricos que hoy parecen darse por sobreentendidos en los manuales de metodología histórica, acaso debido a la variedad de fuentes surgidas en el último medio siglo, que parecen –y son de hecho– un tema prioritario. El de Luna-Leal y Flores-Zúñiga expone una reflexión sobre los pasos que se contienen en la interpretación y/o construcción de los conceptos necesarios para el estudio de la historia de las ciencias físico-matemáticas; desde el conocimiento de las ideas y su contexto específico y lenguaje de las fuentes –el que al cabo sirve para “externalizar” tales ideas– hasta las sucesivas reinterpretaciones o “resignificaciones” de las mismas, esto es, las que colaboran en la paulatina construcción de los propios conceptos y en el establecimientos de sus diferencias y relaciones mutuas. Y el de Luciano Alonso es, como se verá, una disquisición sobre el papel de las conceptualizaciones en el terreno que los historiadores de su país llaman “la historia reciente”.

No estará de más recordar, sin embargo, que el interés por la naturaleza y los modos en que operan los conceptos historiográficos pasa a convertirse en un tema de estudio y debate alumbrador de la moderna epistemología de la historiografía durante el período de tránsito del siglo XIX al XX, justamente cuando la profesión de historiador comienza a extenderse por Europa y el continente americano. Como escribió en 1915 el filósofo e historiador Benedetto Croce en su *Teoría e historia de la historiografía*, “la filosofía [de la historia] no puede ser otra cosa que el momento metodológico de historiografía: dilucidación de las categorías constitutivas de los juicios históricos, o sea de los conceptos directivos de la investigación histórica”. Ciertamente es que la llamada en el mundo de habla inglesa “historical theory” viene ocupándose en las últimas décadas de otros componentes que también influyen en la construcción de los conceptos historiográficos, tales como los relatos, las temporalidades y las representaciones del pasado en general. Pero tampoco esta especialidad resulta demasiado familiar para el común de los historiadores.

El tercero de los artículos del apartado de “Historia y teoría” nos transporta al papel que en la actualidad juegan la imagen y lo virtual dentro los estudios históricos, tema que bien puede considerarse una vertiente novedosa del más amplio de la pesquisa

sobre los usos del pasado. Lo rubrica el investigador de la universidad de Murcia (España), Alberto Venegas Ramos con el título de “La imagen digital y virtual: un reto para el historiador y el discurso historiográfico contemporáneo”. El autor, colaborador en el número 18 de *Historiografías* con un texto sobre los propósitos y las representaciones del videojuego de contenido histórico (2019), exhibe en esta entrega otro escrito que insiste más en la reflexión epistemológica y metodología que en la exposición de ejemplos. En él el lector hallará una hipótesis que los actuales especialistas en las “humanidades digitales” vienen defendiendo con insistencia; a saber, que el mundo digital no solo aporta nuevas y más accesibles fuentes a los estudios históricos, sino que también modifica su naturaleza y conceptos.

En una parecida línea, Venegas sostiene –salpicando el texto de coincidencias y discrepancias con uno de los padres de la llamada “historia filmica”, el norteamericano Robert Rosenstone– que la imagen visual no solo es una forma de representar el recuerdo o una expresión de la memoria. Es igualmente –precisa– el resultado de lo que algunos autores llaman la presencia de un “giro pictorial”, esto es, una transformación que, por decirlo de algún modo, arrastra hoy a la investigación histórica en dirección al mundo de lo virtual, e integra sus resultados en el propio relato y exposición históricos; o, en palabras del autor, convierte la imagen digital en un “agente” de la propia investigación sobre el pasado. Naturalmente, un desafío de esta envergadura requiere explicar de qué modo lo virtual se incorpora en el resultado investigador y cómo se puede tener la seguridad de que este resultado representa la verdad histórica y no una imagen ficticia del pasado. Se trata, a nuestro juicio, de otra manera de plantear el sempiterno problema de la interacción entre las memorias y los estudios históricos. Pero en este punto el autor expone algunas ideas que a buen seguro interesarán a los investigadores. Por ejemplo, la necesidad de examinar “la ecología visual” y el “contexto mediático” de los que las imágenes emanan –para poder mejor referenciarlas–, esto es, “el cómo, cuándo, por qué y a través de qué” se han construido tales imágenes. Otra hipótesis para la reflexión es la necesidad o posibilidad de incluir medios de transmisión e información que problematizan el tradicional asunto de la autoría, tales como el fenómeno de los “memes” y las fotografías digitales, ambos de difícil adscripción a un “autor” propiamente dicho y capaces de reinterpretar *ad infinitum* las imágenes que les sirven de basamento.

El artículo con el que cerramos el apartado “Historia y teoría” es un estudio de historia intelectual que pertenece a la investigadora de la universidad de Valladolid (España), Marina Arranz Guilarte, titulado “Guy Debord y los situacionistas. El auge de la vida cotidiana en los albores de Mayo de 1968”.

Es curioso el hecho de que Debord, el fundador de la llamada “Internacional situacionista” (1957), uno de los mentores de los cambios culturales de la década de 1960 y autor de un clásico traducido a numerosas lenguas como *La sociedad del espectáculo* (1967), no goza apenas de estudios biográficos profundos –excepto acaso el de Christophe Bourseiller, *Vie et mort de Guy Debord*, editado en 1999, solo seis años después de la muerte del intelectual, y reeditado varias veces, la última en 2016, pero desconocido en español–. Esta laguna quizá se deba al carácter polifacético y difícil de delimitar del personaje. “Puzle Debord” llama Bourseiller a la obra de quien desde los años de la postguerra fue cineasta, militante del situacionismo, filósofo marxista “crítico”, iconoclasta del retrato de la “vida cotidiana” de su época, y teórico del urbanismo. Además, el carácter militante de su obra tampoco parece haberle ayudado a animar a la

investigación de su vida y obra, dado que, tras su muerte (1994), la mayoría de los trabajos publicados han estado más pensados para reivindicar ese militantismo –en un contexto, el de la época de Nicolas Sarkozy, que solo guarda semejanzas superficiales con el de la Francia de De Gaulle–, que para estudiarlo en profundidad.

El texto que presenta Marina Arranz Guilarte promete sin duda un mejor conocimiento de esta figura y de sus ideas entre los investigadores españoles. De momento, la autora ha elegido el examen de cómo Debord afronta, a través sus múltiples actividades, el problema netamente sesentayochista de la “crítica de la vida cotidiana”, que el filósofo marxista Henri Lefebvre (1901-1991) teorizó en su extensa obra del mismo título. A lo largo de este interesante artículo el estudioso descubrirá de qué manera este tema transversal, junto a su principal instrumento, el llamado “*détournement*” (desviación) –esto es, el reaprovechamiento con otros fines y bajo otras normas de los soportes culturales propios de lo que el marxismo viene llamando “la sociedad burguesa”–, se erigen en la clave de bóveda de toda la variada propuesta “debordiana”. La autora repasa en tal sentido la crítica del padre del situacionismo a las vanguardias artísticas, a las que reprendió su elitismo, pérdida de poder reivindicativo y desconexión de la vida cotidiana; su rechazo del arte comercial y su defensa, a cambio, del “arte de situación”; su propuesta de un cine que “interpela” y/o “provoca” al espectador; sus ideas sobre un “urbanismo experimental”, que debe adaptarse a “las situaciones” y nuevos estilos de vida; sus contactos con las teorías “lefebvrianas”, donde descubrimos que Debord tenía una visión de la vida cotidiana todavía más amplia que la de su mentor; y, cómo no, la crítica a lo que el propio Debord llamó “la sociedad del espectáculo”, en la que resuenan los ecos del intelectual marxista Theodor Adorno, precisamente uno de los inventores con fines críticos del término “industria cultural”.

En el apartado de “Varia historiográfica” hemos incluido dos trabajos directamente relacionados con la historia de la historiografía: el que firma el investigador asturiano Héctor González Pérez, “La historiografía sobre la CNT en la Transición: una revisión necesaria”, y el del profesor de la Universidad de La Laguna (España), Julio Antonio Yanes Mesa, de título, “La contrapuesta evolución del Periodismo y la Historia a lo largo de la contemporaneidad”.

El primero de ellos, un detallado examen de la historiografía que ha tratado las vicisitudes del sindicato anarquista español Confederación Nacional del Trabajo, o CNT, durante los años de la Transición española –se reorganizó en 1976, nos recuerda el autor–, es un tema perteneciente a llamada “Historia del Presente”. Como es sabido, uno de los retos y elementos de identidad de este ámbito viene dado por la necesidad de diferenciar, a efectos metodológicos, la memoria y narrativas de los contemporáneos, de la investigación histórica propiamente dicha. Con esta premisa el autor puede elaborar una interesante hipótesis que permite calibrar el estado de la bibliografía sobre el tema. La tendencia a interpretar la CNT como una organización propiamente libertaria, procede de un relato de los contemporáneos –asegura– que se ve desmentido por estudios recientes. Estos estudios recientes –todavía hoy insuficientes, reconoce– lo que demuestran más bien es el importante papel que jugó la CNT como colectivo sindical y obrero en aquellos años.

El segundo de los artículos, el de Yanes Mesa, es un estudio aproximativo que compara las formas que viene adoptando la actividad periodística, desde el siglo XVIII

para acá, con la evolución institucional y de métodos y temas que son propios de los estudios históricos. No le falta razón al autor cuando sostiene que las trayectorias del Periodismo y la Historia se pueden describir como contrapuestas. Pero esta no es más que una de las vertientes del tema. Por supuesto, el asunto tiene una destacada relevancia para los historiadores, porque la prensa –antño escrita y hoy en soporte digital– siempre ha sido una fuente muy apreciada en los estudios sobre el pasado, sobre todo los dedicados a los siglos XIX y XX (más aún, la reflexión sobre sus posibilidades de uso en la investigación histórica es prácticamente tan antigua como la propia historiografía profesional). Pero en la hoy “Historia del Presente”, incluso en las llamadas “humanidades digitales”, la relación prensa-escritura de la historia no es únicamente una relación unívoca de fuente a actividad investigadora. Va mucho más allá y muestra cómo el estudio de los principales acontecimientos de los siglos XX y XXI es una tarea en la que historiadores y periodistas se vienen complementando, y de donde han surgido categorías híbridas de “periodistas-historiadores” e “historiadores-periodistas”. He ahí un interesante tema de reflexión que sugiere el texto del profesor Yanes Mesa.

Gonzalo Pasamar